

3258

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

DE SOPETÓN

JUGUETE

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO REVENGA.



MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.º IZQUIERDA.

—
1887.

AUMENTO A LA ADICIÓN GENERAL DEL CATALOGO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
3	5	La vuelta del verano.—j. o. p.	1	D. Mariano Barranco.....	Todo.
•	•	De sopetón.—j. o. p.....	4	Ricardo Revenga.....	»
•	•	El vecino de ahí al lado.....	1	Constantino Gil.....	»

ZARZUELAS.

•	•	Tiple en puerta.....	1	Sres. Pina y Rubio.....	L. y M.
•	•	Venir por lana.....	1	Isidoro Hernández.....	M.

DE SOPETÓN.



DE SOPETON

JUGUETE

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RICARDO REVENGA.

Estrenado con éxito en el Teatro LARA el Jueves 20 de Octubre de 1887.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.

Atocha, 100, principal.

1887.

PERSONAJES.

ACTORES.

MERCEDES.....	SRTA. D. ^a MATILDE RODRIGUEZ.
JOAQUINA.....	N. SANZ SEVILLA.
RAFAEL.....	SRES. D. JOSÉ RUBIO.
DON TERCENCIO.....	N. DIAZ.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírica-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Gabinete tocador de una señora. Á la derecha un balcón; á la izquierda puerta que se supone ser de una alcoba. Puerta al foro. Sillas, sillones, un tocador, un velador con servicio de té, un quinqué encendido. Es de noche.

Al levantarse el telón aparece Joaquina sentada en un sillón y durmiendo. Transcurrido un breve momento sonará un campanillo.

ESCENA PRIMERA.

JOAQUINA.

JOAQ. Calle, me he dormido, no tiene nada de particular, ya debe ser muy tarde; y los señores sin venir. (Suena un campanillazo.) Gracias á Dios, ya están ahí. (Sale llevándose el quinqué y dejando á oscuras la escena.)

ESCENA II.

JOAQUINA y RAFAEL.

Óyese ruido de voces como si disputaran.

JOAQ. Le digo á usted que no puedo, estas no son horas de recibir.

RAFAEL. Todas las horas son santas y buenas para recibir

- cuarenta reales. (Dándoselos.)
- JOAQ. Para eso si señor, (Tomándolos.) pero yo no puedo consentir... Yo no le conozco á usted; no sé si es...
- RAFAEL. ¿Un ladrón? No debe serlo quien se presenta con semejantes tarjetas; y además, por ventura, digo, no; por desventura, ¿tengo yo cara de ladrón?
- JOAQ. No digo eso; pero veamos qué pretende usted en esta casa y á hora tan intempestiva.
- RAFAEL. ¿Qué pretendo? ¡Ah! joven simpática; busco la paz del corazón, la felicidad!
- JOAQ. ¿Aquí busca usted eso?
- RAFAEL. Y lo encontraré. Yo diré á tu señora...
- JOAQ. Usted dirá lo que quiera, y ella le pondrá de patitas en la calle, como hago yo; advirtiéndole que si no se marcha alboroto y chillo, y...
- RAFAEL. Tranquilízate niña. Promete ayudarme y te lo referiré todo. Has de saber amabilísima y graciosa María. ¿Te llamas María?
- JOAQ. No señor, Joaquina.
- RAFAEL. Es igual. Has de saber, repito, amabilísima Joaquina, que la felicidad de tu señora depende de que yo hable con ella esta misma noche. ¿No se casa mañana?
- JOAQ. Sí, señor, pero...
- RAFAEL. Yo vengo á impedir ese matrimonio.
- JOAQ. ¡Pues vaya una gracia! y á usted quién le mete.
- RAFAEL. Mucho deseas saber. Bastan esos cuarenta reales para que me permitas esperar la llegada de tu señora escondido en cualquier parte?
- JOAQ. No, señor, ni mucho menos.
- RAFAEL. Pero sí algo más. Ahí van cien reales. (Dándoselos.)
- JOAQ. Tampoco bastan. (Tomándolos.)
- RAFAEL. ¡Joaquina! ¡Joaquina! Eres insobornable, pero te guardas mi dinero. ¿Qué es preciso hacer para ablandarte?
- JOAQ. Marcharse.
- RAFAEL. Quedándote con mis siete duros. No me marchó. (Se sienta.)
- JOAQ. Considere usted que me comprometo.

RAFAEL. ¡Oh! qué idea tan feliz! Juro no comprometerte; me esconderé en el balcón y diré que he saltado desde el de la casa próxima. Están muy juntos y fácilmente...

JOAQ. Ni aún así.

RAFAEL. ¡Cómo! ¿ni saltando?

JOAQ. No, señor, ó se vá. usted ó pido socorro. (Suena un campanillazo.) ¡Ay! ¡Ya están ahí!

RAFAEL. Lo ves, ya no hay tiempo. La Providencia quiere que salve á tu señora.

JOAQ. ¡Estoy perdida, qué va á ser de mí! Escóndase usted, por Dios, y no diga que yo...

RAFAEL. Soy mudo. (Se esconde en el balcón.)

JOAQ. ¡Qué compromiso, Dios mío! Estoy temblando. (Sale.)

ESCENA III.

JOAQUINA, MERCEDES y D. TERCENIO.

TERENC. ¿Cómo has tardado tanto en abrir?

JOAQ. Me había dormido, señor.

TERENC. Está bien; retirete.

JOAQ. ¿La señora quiere que la ayude á desnudarse?

MERC. No, me desnudaré sola. Vé á descansar, que bien lo necesitas.

JOAQ. Por eso no se prive la señorita de mis servicios.

MERC. Gracias. Retírate te digo.

JOAQ. (¡Jesús, Jesús! ¡qué vá á pasar aquí!) (Vase.)

ESCENA IV.

MERCEDES y D. TERCENIO.

TERENC. Las cuatro y media, poco tiempo nos queda para descansar... Á las cinco tienes que estar dispuesta para que lleguemos á San Luis á las seis. Qué cariño tengo á la iglesia de San Luis. Allí me he casado tres veces; y tú ya vés con la segunda, y quiera Dios que no sea la última.

- MERC. ¿Tío, qué dice usted? piensa usted ya en que se mueran Isodoro.
- TERENC. No, pero no quiero verle viudo; y no le veré: en nuestra familia los matrimonios han tenido siempre un término feliz. ¡Pero me parece que no estás todo lo alegre que debías! ¿Acaso no te satisface tu matrimonio con Isodoro? Es un buen muchacho, un poco así... ¿Cómo diré?
- MERC. ¡Tonto, y además tan inexpresivo! ¡Parece que siempre esta durmiendo!
- TERENC. No sólo lo parece, sino que se duerme efectivamente. Esta misma noche en el baile he tenido que despertarle.
- MERC. No es un marido lo que me ha proporcionado usted, es una marmota.
- TERENC. ¿Y de eso te quejas? Las marmotas se dice que duermen durante seis meses del año. Esto te asegura un semestre feliz.
- MERC. ¿Cuál, tío?
- TERENC. Ese; el que duerme no molesta.
- MERC. Puede usted creer que si me caso, es únicamente por complacer á usted. Isodoro es tan superficial, tan poquita cosa; es un cero.
- TERENC. Pónle á tu derecha y valdrá diez. Tú harás de él mangas y capiotes, ¿qué más puedes pedir? Un marido así es una ganguita, y yo te lo he buscado, ingrato. ¡Ah! y se me olvidaba la mejor condición que tiene; es tan enclenque y tan flacucho, que con razón espero que no será tu último marido.
- MERC. ¿Pero tío, qué teorías; está usted en su juicio?
- TERENC. Ya lo creo, y en mis glorias, viendo que las gentes se casan. Yo soy así, muy belicoso; gozo viendo luchas intestinas.
- MERC. ¡Pero eso es cruel! Yo debía demostrar carácter; casarse sin amor...
- TERENC. ¡Déjate de tonterías y además ya no es tiempo de retroceder. ¡Ánimo! Á la tercera va la vencida, el otro

será mejor. Conque (Levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.) ten esperanzas y buenas noches.

MERC. ¿Dígame usted tío; hace algún tiempo no le pidieron, á usted mi mano?

TERENC. ¡Naturalmente, Isidoro!

MERC. No me refiero á él, sino...

TERENC. Ah, sí. Un perdido, un cualquiera.

MERC. Nunca quiso usted decirme su nombre.

TERENC. Ni te interesa.

MERC. Sin embargo; la curiosidad...

TERENC. Es hermosa condición cuando significa limpieza, pero...

MERC. Sea usted amable.

TERENC. ¡Qué empeño! en fin, te complaceré para que me dejes ir á descansar. Piedrahita, ese comicucho calaverón tuvo el atrevimiento de...

MERC. ¡Pedrahita!

TERENC. Sí, un hombre como una piedra que hubiera hecho imposible tu tercer matrimonio. Ya estás satisfecha, á dormir y mañana á las cinco...

MERC. Buenas noches, tío.

TERENC. Hasta mañana, digo, hasta luego. (Váse.)

ESCENA V.

MERCEDES quitándose las flores de la cabeza y poniéndose sobre el vestido un peinador.

MERC. ¡Qué particular es mi tío y cuán débil soy yo! ¿Por qué consentiré en casarme con Isidorito de mis pecados? No le amo, es verdad; pero también lo es que no amo á nadie, lo cual ya es una ventaja para él que dentro de pocas horas tendrá derecho á llamarme suya... ¿Cómo será ese Pedrahita? Dicen que es hombre de talento y que tiene gran partido entre las mujeres. Solo por esto quisiera haberle conocido; pero ya es tarde. Mañana no tendré ni aún el derecho de alimentar

este deseo. (Suenan los cristales del balcón.) ¡Ay! ¿qué ruido es ese? El balcón que está abierto. Joaquina se ha olvidado de cerrarlo. ¡Qué frío! (Se dirige á cerrar el balcón.)

ESCENA VI.

MERCEDES y RAFAEL.

MERC. ¡Ay! ¡Ladrones! ¡Socorro! ¡Soco....

RAFAEL. ¡No grite usted, señora, por favor! (Rafael aparece sin sombrero ni gabán, sucio y descompuesto el traje como si hubiera escalado el balcón.)

MERC. ¡Socorro! ¡soco... ¡ah! (Cae desvanecida en un sillón)

RAFAEL. Buena entrada. ¡Señora! ¡señora! No vuelve en sí. ¿Qué la daría yo? Aquí... en el tocador. Opoponax, Heno, Vinagrillo... Con esto la rociaré. (Hace lo que dice.) Ya vuelven las rosas á su cara. ¡Qué linda es!

MERC. ¡Ay!

RAFAEL. Nada tema usted. Tranquilícese, señora. Confieso que la manera de entrar es un poco rara, pero deseche usted el miedo, soy inofensivo, una palomita sin hiel, créalo usted...

MERC. ¡No puedo! ¡no puedo! ¡Estoy temblando. ¿Quién me asegura que no es usted?...

RAFAEL. Un desgraciado, señora. Un desgraciado que ha tenido la desventura de que un marido llegara inoportunamente. Si como un atrevido gimnasta no salto á ese balcón, precioso asilo para mí, el honor de una señora se hubiera perdido y yo quizá no tendría alguna costilla sana.

MERC. Esa aventura...

RAFAEL. Yo no he sido, yo no he sido. ¡Soy inocente! Una víctima de la amistad y de...

MERC. Pero...

RAFAEL. ¡Chist! ¡Cállese usted! (Se acerca al balcón.) ¡Gracias á Dios! (Dejándose caer en un sillón)

MERC. ¡Caballero! ¿se sienta usted?

RAFAEL. ¡Me ahogo, señora, me ahogo! (Ahora creo que me tocaba á mí desmayarme.)

MERC. Aquí no puede usted permanecer un instante más.

RAFAEL. Es verdad; pero permítame usted que tome alientos. ¡Ha sido tan grande mi susto!

MERC. Le ruego á usted que cuanto antes se tranquilice, y sobre todo, que...

RAFAEL. ¿Que me vaya? Al punto, pero no sin pedir á usted mil perdones, excusar una y cien veces mi conducta y rogar á usted que crea que siento en el alma...

MERC. Está bien, caballero, apresúrese usted.

RAFAEL. ¿Pero no me perdona usted? ¿ni siquiera me dice que me compadece?

MERC. Sí, sí, todo lo que usted quiera; le perdono y...

RAFAEL. ¡Ah! Entonces, ya será usted tan amable que me consienta que arregle un poco mi traje antes de salir. (Al decir esto coge un cepillo, se cepilla mirándose al espejo y se arregla la corbata.) ¡Y ahora que caigo! He perdido mi sombrero. ¿Cómo voy á salir sin él? ¿No tiene usted ninguno que prestarme? Cualquiera, una cachucha, una gorrilla.

MERC. ¿Se está usted burlando?

RAFAEL. De ningún modo. ¡Burlarme yo que soy el hombre más galante del mundo, de una señora tan distinguida y tan hermosa! Porque usted es muy distinguida, y sobre todo muy hermosa.

MERC. (¡Pues no me echa flores! Este hombre está loco, y es lástima, tiene distinción y es guapo.) ¿Concluye usted? (Con ironía.)

RAFAEL. En seguidita. Un instante más y me pone usted de patitas en la calle.

MERC. Y una vez en ella, espero...

RAFAEL. ¡Ah! Puede usted contar con mi discreción.

MERC. Es una suerte para mí.

RAFAEL. ¡Ea! Ya estoy. ¡Holá! ¿Parece que ha estado usted de baile? Elegantísimo traje, precioso color, muy *chic*.

¡Bonito! ¡bonitísimo!

MERC. Espero á usted, caballero.

RAFAEL. Crea usted que si hubiera podido encontrar otra salida...

MERC. Abusa usted de mi paciencia.

RAFAEL. ¡Señora! (Saludando y dirigiéndose hacia la puerta. Antes de llegar á ella suenan dos golpes.)

MERC. ¡Ay, Dios mío!

ESCENA VII.

DICHOS y D. TERCICIO desde fuera.*

TERENC. ¡Mercedes! ¡Mercedes! ¿Estás visible?

MERC. No, tío; ¿qué quiere usted?

TERENC. Acabo de leer en *La Correspondencia* que anoche hubo un robo en esta calle. Ten cuidado y echa el pestillo.

MERC. Sí, tío.

TERENC. Para mayor seguridad te encierro con llave. (Cierra.)

MERC. ¡Cielos!

RAFAEL. ¡Nos encerró! (Me alegro.)

TERENC. Si necesitas algo, llama. ¡Buenas noches!

ESCENA VIII.

MERCEDES y RAFAEL.

MERC. No, esto es imposible. ¡Tío! ¡tío!

RAFAEL. ¡Por favor, no le llame usted! Va en ello el honor de una señora.

MERC. ¿Y el mío, caballero?

RAFAEL. Bueno; será el honor de dos señoras.

MERC. Pero es que usted no puede permanecer...

RAFAEL. Lo que es por poder, sí señora. Pero en fin, dígame usted una salida y...

MERC. Si no la hay.

RAFAEL. Entonces, ¡qué remedio! Esperaremos á que llegue el día.

MERC. Pero si me caso á las seis.

RAFAEL. ¿Y eso qué importa para que llegue el día? Darán las seis y usted se casará. ¡Qué desgracia! Y yo á las seis menos cuarto me esconderé en cualquier parte. Poco sitio me basta; sé hacerme el chiquito.

MERC. ¿Pero hasta entonces?

RAFAEL. Hasta entonces, figúrese usted que hago una visita. Me invita usted á que tome asiento. Yo lo tomo, (se sienta.) y para distraerla, refiero anécdotas, historietas; chismes del gran mundo.

MERC. No estoy para chismes ni cuentos.

RAFAEL. Bueno; pues no se los refiero á usted. Quiere usted que recite versos:

Una tarde de verano,
cuando pájaros y flores...

MERC. ¡Jesús! Hágame usted el favor de callar.

RAFAEL. ¿Tampoco le gustan á usted los versos? ¡Ah! vamos, quiere usted que esta visita tenga el corté habitual, que hablemos del tiempo. ¡Pero ha visto usted qué tiempo tan frío, y esto no es natural! ¡Qué viento! ¡qué lluvias!

MERC. ¡Qué chaparrón es usted! Me ha puesto usted nerviosa. ¿Quiere usted decirme qué necesidad tenía yo de verme en este compromiso?

RAFAEL. Ninguna, señora, ninguna.

MERC. Confiese usted...

RAFAEL. Confieso y comulgo con lo que usted desee.

MERC. ¡Verme á estas horas, y la víspera de mi matrimonio, encerrada con un desconocido!

RAFAEL. ¡Oh, señora! perdón, perdón mil veces, por un olvido que al punto voy á subsanar. Tengo el gusto de presentar á usted á mi más querido amigo Rafael Piedrahita.

MERC. ¡Piedrahita! ¿Usted es?...

RAFAEL. Piedrahita, sí, señora, actor eminente, según dicen.

¿Quiere usted que la recite alguna escena de mi repertorio? ¿Desea usted que cante? ¿En español ó en francés? (Canta.)

*Je venais d'entre dans ta chambre,
Minuit finissait de sonner.*

- MERC. Mejor hubiera sido que no hubiese usted entrado.
- RAFAEL. Para usted, sí, y también para mí, que saldré impresionado por su belleza y... ¿Por qué se casa usted, señora?
- MERC. ¿Y á usted qué le importa?
- RAFAEL. ¡Es verdad; pero qué lástima, tan joven, tan hermosa y viuda! Porque usted debe serlo, ¿verdad?
- MERC. Sí, señor.
- RAFAEL. Entonces para qué repetir. La viudez es el apogeo de la gloria. ¡Una viuda, es una capitana generala!
- MERC. Sin embargo, un marido...
- RAFAEL. Es un trasto incómodo, cuando no se le ama, y usted no debe amar al que lo va á ser suyo.
- MERC. Esa suposición...
- RAFAEL. No es suposición, es seguridad. El mundo anda tan revuelto, que los matrimonios sin amor son muy frecuentes. Por eso no me caso yo. Hace poco pensé hacerlo. Un amigo pidió en mi nombre la mano de cierta deliciosa viuda; pero su tío, siempre ha de haber un tío por medio, me la negó.
- MERC. ¿Y por qué?
- RAFAEL. Porque soy cómico, porque soy un artista. ¿Pero qué saben los tíos de arte, ni de nada?
- MERC. Quizá no fuera esa la razón. Si lleva usted una vida de aventuras, como la que aquí le ha traído.
- RAFAEL. ¡Oh, no, señora, no! Sólo el arte me ha dejado soltero. ¡Compadézcame usted, señora!... ¡Yo amaba y amo á esa colega de usted en viudez con toda el alma, con!...
- MERC. Y diga usted, ¿esa señora se llama?...

ESCENA VIII.

DICHOS y D. TERCENCIO, dentro.

TERENC. ¡Mercedes! ¡Mercedes!

MERC. ¡Otra vez mi tío!

RAFAEL. ¿Pero ese señor es sonámbulo?

TERENC. Veo luz en tu cuarto. ¿Por qué no has apagado? ¿Estás ya acostada?

MERC. Si, señor; pero estoy leyendo.

TERENC. ¡Qué imprudencia! Vas á prender fuego á las cortinillas.

RAFAEL. (Excelente idea.)

TERENC. Si no apagas en seguida, voy yo mismo.

MERC. Pero tío...

RAFAEL. (Apagando la luz.) Nada tema usted, señora.

MERC. ¡Ah! ¿Qué ha hecho usted?

RAFAEL. Es preciso no contrariarle.

TERENC. Vaya, muchas gracias. Duérmete y descansa.

ESCENA IX.

MERCEDES y RAFAEL.

MERC. ¡Dios mío, qué noche! Yo así no puedo estar.

RAFAEL. Pues yo empiezo á acostumbrarme á las sombras.

MERC. ¡Oh, caballero! ¡Sálveme usted! ¡Váyase!

RAFAEL. ¿Pero á dónde?

MERC. Al balcón.

RAFAEL. Señora, sea usted caritativa. La mañana es muy fría y sin sombrero, y muy constipado.

MERC. Entonces, ¿qué hacer? Así no podemos seguir.

RAFAEL. ¿Por qué? Una luz apagada no estrecha las distancias. Yo soy todo un caballero con luz ó á oscuras, y para probarlo voy á colocarme lejos, en el otro extremo de la habitación. (Caminando á tientas tropieza con el velador y rompe una taza.)

- MERC. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué es eso?
- RAFAEL. Nada, nada; una taza rota.
- MERC. ¡Mi servicio de té! ¡Un regalo de mi marido!
- RAFAEL. Lo reemplazaré, señora; no el marido, sino el servicio. Compraré á usted lo que he roto y lo que pueda romper en adelante. (Se sienta en un rincón de la sala.) En verdad, señora, que...
- MERC. Le ruego á usted que no me hable, porque no pienso contestarle.
- RAFAEL. Entonces hablaré solo. ¡Oh desgraciado de mí, y cuán feliz podía haber sido si don Terencio no me hubiese negado la mano de Mercedes, de esa mujer, de ese ángel tan hermoso y tan!...
- MERC. ¡Caballero!
- RAFAEL. ¡Y la amo, sí, más que pueda amarla ese imbécil de!...
- MERC. No guardará usted silencio.
- RAFAEL. Imposible, una vez tomado el hilo, soy una carretilla. Continúo.
- MERC. No, no; dígame usted. Si tanto ama usted á esa señora, dejando farsas á un lado, si tanto me ama usted, ¿cómo se explica la aventura de esta noche?
- RAFAEL. Esa aventura es una comedia más sobre las muchas que hago, el oficio...
- MERC. ¿Entonces cómo entró usted aquí?
- RAFAEL. Por la puerta.
- MERC. ¿Podría usted probarlo?
- RAFAEL. ¿Tiene usted interés en ello?
- MERC. Quizá.
- RAFAEL. Si puedo, sí; puedo probar á usted eso y también que la adoro. (Se levanta y se acerca poco á poco á Mercedes.)
- MERC. Caballero, se me figura oír su voz más cerca.
- RAFAEL. No; es que levanto la voz para que usted me oiga.
- MERC. Falso. Usted ha dejado su sitio.
- RAFAEL. Si; pero no tenga usted miedo, no romperé nada.
- MERC. ¡Vuelva usted á su rincón, ó...
- RAFAEL. ¡No sea usted cruel! (Se acerca hasta ponerse á su lado y se arrodilla ante ella.) ¡Déjeme que la diga cuánto la amo,

escúcheme usted, oígame!...

MERC. (Se levanta, coire al balcón y lo abre. Es de día.) ¡Ah! ¡Al fin!

RAFAEL. (Deslumbrado.) ¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Qué es esto?

MERC. El sol.

RAFAEL. Sol indiscreto.

MERC. ¡Ay, Dios mío! ¡Las seis!

ESCENA X.

DICHOS y D. TERCENCIO, dentro.

TERENC. ¡Mercedes! ¡Mercedes!

RAFAEL. ¡El tío! ¡Pero ese señor es un posma!

TERENC. Las seis. ¿Estás dispuesta? ¿Puedo entrar?

MERC. En seguida, tío. ¡Por favor, escóndase usted!

RAFAEL. ¿En dónde, señora? ¿Aquí? (En la alcoba.)

MERC. No, esa es mi alcoba.

TERENC. Dáte prisa, mujer.

MERC. Aquí, en el balcón... Pronto, pronto. (Se esconde Rafael.)

TERENC. ¿Puedo entrar?

MERC. Sí, entre usted. (Entra D. Terencio.)

TERENC. Vaya una calma. ¿Pero hija, aún estás así?

MERC. Iba á vestirme ahora mismo.

TERENC. ¿Pero cómo demonio llevas el traje de anoche?

MERC. Es verdad; distraidamente me lo he vuelto á poner.

TERENC. Estás turbada, emocionada, pues si esto es á la segunda.

RAFAEL. (Dentro.) ¡Atchís! (Estornudando.)

MERC. (Torpe.)

TERENC. Dios te ayude.

MERC. Gracias.

TERENC. Hoy es un gran día para tí. Vas á jurar en los altares.

RAFAEL. ¡Atchís!

TERENC. ¿Te has constipado, sobrinita?

MERC. (¡Ay, Dios mío! ¡ese hombre quiere perderme!)

RAFAEL. ¡Atchís!

TERENC. Me parece sobrina, que esta vez no has sido tú.

MERC. Si, tío; la emoción me hace estornudar. Esto es muy

frecuente.

TERENC. Emociones que obran como el rapé, no lo creo; antes bien se me figura haber oído en el balcón...

MERC. ¡Ah, sí, habrá sido el loro.

TERENC. ¡Un loro que estornuda!

MERC. ¡Habrá aprendido de oirme! Toda la noche estoy ¡Atchís! ¡Atchís!

TERENC. No me convenzo, quiero verlo por mis propios ojos.
(Dirigiéndose al balcón.)

MERC. No, tío, deje usted.

TERENC. ¡Caracoles! Un hombre. No es mal loro.

RAFAEL. (Saliendo.) ¡Atchís!

TERENC. Dios le... ¡Un cuerno! ¿Qué hace usted aquí? ¿Se puede saber?

RAFAEL. ¡Qué inconvenientes son los constipados de cabeza!

TERENC. Responda usted, pero pronto. ¿Qué hacía usted en el balcón?

RAFAEL. Perdóneme usted, soy muy caprichoso, y se me había antojado un clavel que...

TERENC. No sea usted embustero: ni en el balcón hay claveles, ni siquiera es tiempo de ellos.

RAFAEL. Por eso no los he encontrado.

TERENC. Bromitas á mí, ¿eh? Ya adivino, usted debe ser el ladrón que anda por estos barrios. Si, sí; usted tiene cara de ladrón.

RAFAEL. ¡Señor mío!

MERC. ¡Sálveme usted, no le desmienta!

RAFAEL. ¡Señora! ¿quiere usted que vaya á parar á la cárcel-modelo?

MERC. Sea usted generoso, mi honor...

RAFAEL. Voy á salvarlo. Escúcheme usted, señor de Marín.

TERENC. ¡Si seré conocido! hasta los ladrones saben mi apellido.

RAFAEL. Yo no soy ladrón, sino Rafael Piedrahita, actor, y...

TERENC. Falso.

RAFAEL. Puede usted convencerse de ellos. (Dándole una cartera.) Examinando los documentos que encontrará en esa cartera. Ya en otra ocasión pedí á usted por conducto

de un amigo, la mano de esta señora, y hoy vuelvo á repetir mi petición.

MERC. Y yo contesto por mi tío, diciendo que no puedo conceder mi mano á quien entró en mi casa huyendo de un marido celoso.

TERENC. ¡Canario! ¡Conque así las gastaba Isidorito! No es extraño que se duerma, y que esté tan... Explíqueme usted estas cartas.

RAFAEL. Son una correspondencia entre el futuro de esta señora, y su vecinita de ustedes. Llegaron á mis manos de un modo difícil de contar, y si ustedes me lo permiten, voy al punto á devolvérselas, rogándoles que por el honor de esa señora, no divulguen la aventura.

TERENC. ¡Vaya, vaya; con Isidorito!

RAFAEL. Señora. (Despidiéndose.)

MERC. ¿Se va usted?

RAFAEL. Sí, la esperan á usted en la iglesia.

TERENC. ¿Cómo en la iglesia? mi sobrina ya no se casa, y á fé que lo siento.

RAFAEL. ¿Lo siente usted? Todo tiene remedio, concédame usted la mano de su sobrina, y...

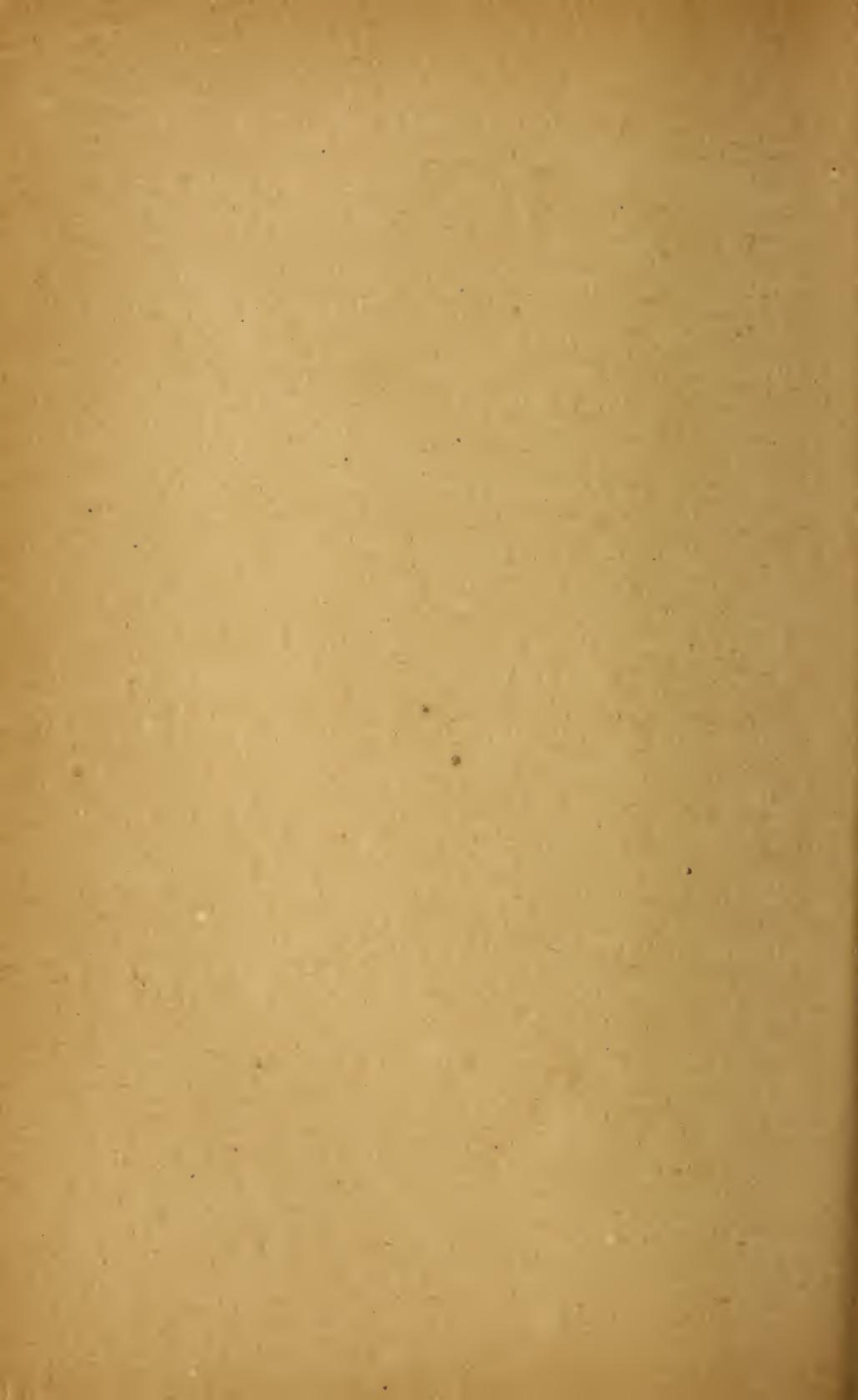
MERC. Si la concede, yo...

TERENC. ¿Os casáis de SOPETÓN? ¡Bravísimo! Los malos tragos pasarlos pronto. ¿Te decides?

MERC. Veremos... Si estos señores. (Al público.) Me ofrecen el regalo de boda que deseo...

RAFAEL. Yo lo perderé. (Al público.) Señores, Doña Mercedes Marín y don Rafael Piedrahita, participan á ustedes su próximo enlace, y les ofrecen su casa en la calle de..... Teatro de Lara.

FIN.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín, 2; de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12; y de *González é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni; **PARIS**. PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*; Praça de D. Pedro. **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardim, **PORTO**. ITALIA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.